

ALFONSO
CAPILLA ADMINISTRADORA

EPÍLOGO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
I. "ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DON CARLOS.

Nosotros proponemos y las circunstancias disponen. Pensé escribir estas líneas en mi alojamiento del *Hotel de la Luna*, en Venecia—de cuyas ventanas veía las ondas verdosas del Canalazzo morir besando la escalinata del embarcadero, y desde el cual, en cinco minutos y á pie, podía trasladarme á la plaza de San Marcos, donde una nube de torcaces, pero mansísimas palomas, acude con la mayor desvergüenza á comer en la mano, y si uno se descuida, en la boca del viajero, la ración de maíz.—Y he aquí que estoy trazándolas en mi cuarto de estudio, con vistas á la bahía de Marinada, sobre cuya superficie, que refleja el azul plumizo del firmamento, se columpian botes y esquifes, aunque graciosos, muy diferentes de las venecianas góndolas.

No es lo peor escribir en Marinada im-

presiones recogidas al borde del Adriático, sino hacerlo por vez segunda á causa de extravío del primer original. Mal que le pese á mi amigo el Doctor Thebussem, dignidad de cartero honorario, el servicio de Correos deja bastante que desear (como otras varias cosillas) en nuestra España, y de un paquete certificado que yo enviaba al impresor Sr. Tello y contenía la materia de este epílogo, se sabe ya, después de activas pesquisas, que ni ha sido entregado ni parece por ninguna parte. Supongo que el Estado, con una magnanimidad que le honra, y previa una respetuosa exposición en papel sellado al Sr. Mansi, me abonará 50 pesetas por el mes y medio de retraso que sufre mi libro, y por las 30 ó 40 cuartillas que hoy vuelvo á garrapatear—en cumplimiento de palabras que no por espontáneamente empeñadas obligan menos.—Todo el que haya cultivado las letras en forma artística, sabe cuán insufrible sea volver á tratar un mismo asunto en el breve espacio de un mes. Aquellas páginas perdidas habían brotado de mi pluma caldeadas por el sentimiento, dictadas por recientes sucesos y observaciones: semejante disposición de ánimo no se reproduce. Hoy

sostengo una batalla con las cuartillas, har-to nueva para mí, por lo mismo desesperante. Ruego al Doctor Thebussem que aplique su erudición á discurrir el modo de que lleguen á su destino los paquetes certificados. Y basta de proemio.

El objeto de mi viaje á Venecia no era admirar la soñada ciudad de las lagunas, con su doble collar de palacios y la inmortal poesía de sus calles de agua y sus gondolas finas y curvas como el puñal de Otelo. Conocía ya á la dogaresa: la había visto en todo su teatral esplendor, alumbrada por millares de fuegos artificiales y por guirnaldas de los clásicos farolillos, arrullada por serenatas melodiosísimas, y había oído de noche, á la luz de la luna, en el Gran Canal, la barcarola de *I due Foscari*, que entonaban á voces solas los gondoleros. Mi propósito, al recorrer una vez más la Italia del Norte, fué saludar y tratar á D. Carlos de Borbón, duque de Madrid. También le conocía, pero por breve audiencia obtenida en París el mismo año y el mismo día en que visité á una especie de monarca literario, rodeado de una corte muy etiquetera: Víctor Hugo.

Aunque el hijo de la archiduquesa Bea-

triz no hubiese influido tanto en los destinos de mi patria ni estuviese en situación de seguir influyendo, bastaría á justificar mi curiosidad la misma leyenda que la pasión política forjó sobre su persona y carácter. Mi espíritu rebelde no acepta á dos por tres las consejas que el clamoreo de los diarios impone al público, y mi juicio quisiera adelantarse al de la historia y tener ya algo de su imparcialidad generosa, con mucho de su infalible perspicacia. Y ¡extraño caso! aquí en tierra española, donde la opinión pública más adolece de corrosiva benevolencia que de espartano rigor; aquí donde hasta un mal clérigo parricida encuentra excusa y piedad, hablar de Don Carlos con templanza es grave delito; reconocer sus dotes personales, nefando crimen. ¿Qué había en cierto artículo de *El Imparcial* que movió formidable escándalo? Simpatía privada, moderación en la forma y descripciones basadas en datos de la realidad, no otra cosa, y, sin embargo, hundióse el firmamento y temblaron las esferas.

¿Quién no conoce al D. Carlos de la leyenda contemporánea? Abrid cualquier periódico satírico y allí le veréis. Rosario en cinto y trabuco al brazo; zancas de ciga-

rrón, boca de rana y cabeza de cretino; por montura el rocín de D. Quijote, cuando no el rucio de Sancho Panza. Lo moral corresponde á lo físico, y sobra gente de buena fe para quien el duque de Madrid es un fauno en lo bruto, un ogro en lo feo, un sátiro en lo vicioso y una liebre en lo cobarde. Cada día añade algún nuevo rasgo á su semblanza la fecunda inventiva de los noticieros, y no es de los menos singulares el que me dió á conocer una amiga mía, alemana de nación, mostrándose asombrada de que yo hubiese visitado á D. Carlos, cuando las *zeitungen* de su país aseguraban que D. Carlos, muerto en la sorpresa de Oroquieta, había sido reemplazado por cierto zapatero francés que se le parece como un huevo á otro y hoy habita el palacio Loredán.

Bien sé cómo cuajan estas patrañas absurdas y á qué temperatura ha de estar la atmósfera para que cristalicen, y sé también que á veces las condensa una ley histórica—la que acreditó de tuerto y borracho á José Napoleón, que poseía dos hermosos ojos y no lo catába.—Mas confesemos que en la actualidad tiene mucho de extraordinario poderse falsear así cosas tan

patentes y tan cercanas. ¿Qué opinión pública es ésta, ni cuál el oficio de los que la forman? Quien deteste las ideas políticas representadas por D. Carlos; quien crea que hasta deben raerse de la haz de la tierra, hágalo enhorabuena en nombre de principios serios y convicciones firmes, y no se base en invenciones, cuentos de viejas y embustes. Prestarles crédito, chafa el amor propio de cualquier persona sensata; discutir y propalarlas... eso ya tiene un nombre en todos los idiomas. ¿Ó es que si se demostrase que D. Carlos es tan galán como discreto, se acabaría la casta de los liberales españoles?

Vengamos al duque de Madrid, á quien he tratado de conocer y estudiar, si con las consideraciones que por tantos títulos se le deben, con la serena y analítica mirada de los observadores de oficio. Y á fe que si este estudio no fuese al par gusto y honra, pude ahorrármelo con trasladar aquí el juicio que acerca de D. Carlos escuché de la autorizada é imparcial boca del senador Pierantoni, esposo de mi amiga la eminente escritora Grazia Mancini. El senador Pierantoni—que es también un acreditado jurisconsulto,—tuvo ocasión de tratar á

D. Carlos en la época del célebre proceso del Toisón, y sintió mucho no haber sido abogado defensor del príncipe, en cuyo caso quizás la sentencia hubiera andado más acorde con la justicia. Y el senador Pierantoni, italianísimo, avanzadísimo, pero que ve las cosas desde afuera, me esbozó, entre festivos ataques dirigidos contra mi supuesta intransigencia política, un retrato del duque de Madrid poco diferente del que ahora mismo voy á dibujar á la pluma.

Ganas me entran de dejarme en el tinte-ro las líneas de la hermosa persona del Pretendiente: no lo hago, porque hoy no es lícito prescindir del influjo poderoso del cuerpo sobre el alma, y porque toda envoltura, bien considerada, delata lo que encierra. Es D. Carlos de elevadísima estatura, que en hombre menos bien proporcionado y apuesto parecería colosal. La cabeza, ni grande ni chica, campea airosa sobre el arrogante busto. Los ojos, obscurísimos y ensoñadores, atenúan el carácter, obstinado de puro correcto, de la intachable nariz. El pelo es de ébano; la barba, de seda negra, con dos ó tres hilos argentinos, distribuída por la naturaleza con tan buena gracia, que sin extralimitarse en el cuello ni las mej-

llas adorna con varonil gravedad el simpático rostro. El cutis, si allá en la primera juventud ostentó romancesca palidez, es ahora una fina piel morena que delata la complexión nervioso-sanguínea y las energías de un temperamento más adecuado á las guerreras fatigas y la vida activa del soldado y del monarca, que á los ocios y languideces del destierro. La mano merece notarse: es una nobilísima extremidad humana, que revela en su dueño, al par de la inteligencia y la exquisita pulcritud de la vida civilizada actual, el vigor necesario para aferrar la tajante de los antiguos paladines.

D. Carlos ha padecido afonía, y su voz es aún algo opaca: pronuncia bien el castellano, pero disuelve las *erres*, según por naturaleza ó vicio contraído acostumbra hoy bastantes personas de la aristocracia. Habla poco, y, cuando lo hace, con frase escogida, aunque sin pretensiones. Reflexiona antes de contestar á las preguntas; escucha mucho y observa siempre. No le he oído emplear ninguna de esas locuciones de origen flamenco hoy admitidas en la conversación de la gente más selecta; tampoco le he visto reír á carcajadas, y la sonrisa, en su cara

grave y bellamente melancólica, es como una luz inesperada y repentina: posee un encanto extraordinario.

El efecto que produce el *Desecado* del absolutismo es el de una persona en extremo culta, formal y sincera, irresistiblemente inclinada á tomar en serio las cosas de la vida, penetrada de la noción del derecho divino. Aquella majestad varonil de los miembros y del rostro trasciende al espíritu. Cuerpo y cabeza están pidiendo á voces el arnés, el caballo, la diadema, el manto de púrpura. Cierta tristeza vaga que rodea á D. Carlos es la de los destinos fallidos, la de las misiones históricas no cumplidas. Si algún hombre nació para rey es D. Carlos, y los que le hemos visto pasar podremos decir dentro de algunos años que hemos visto la encarnación viviente de uno de los conceptos fundamentales políticos en la raza ibérica: la *Monarquía*.

No soy entusiasta de la casa de Borbón, y hasta en sus reyes más elogiados, como Carlos III, encuentro bastantes tachas que poner. Creo que esa casa de origen francés nos trajo la política exterior más funesta á nuestros intereses; me indigna el observar cómo, cuando discurrían obrar mejor, los

Borbones se esmeraban en desviar del cauce la corriente de nuestra civilización y nuestro pensamiento nacional; y me subleva ver lo que hicieron de la idea del municipio y de nuestro viejo nervio independiente. Pienso que ellos nos amputaron la originalidad y nos practicaron la ablación del carácter propio. Mas también opino que las familias, como los pueblos, se educan á fuerza de experiencia, y á veces se mejoran en la adversidad. Todos hemos visto en Alfonso XII, de grata memoria, el escepticismo manolesco y la cruel indiferencia moral de su abuelo Fernando VII, transformados en ingenio, agudeza, don de gentes y espíritu conciliador; todos pueden notar en el duque de Madrid el tesón inquebrantable, el inflexible fanatismo y la formalidad pueril de D. Carlos María Isidro, primer pretendiente, convertidos en noble dignidad, seria convicción y tranquila entereza.

Tratando de los malos cómicos que desempeñan papeles de reyes y hablan á gritos, escribe Larra con oportunidad que cabalmente los reyes son las personas más compuestas y modosas del mundo y no alzan nunca la voz, pues para ser obedecidos bástales un gesto ó una mirada. D. Carlos,

que no ha reinado de hecho, es, no obstante, viva muestra de la distinción indefinible que imprime el *Poder* unido á la *Raza*, lo contrario de la arrogancia y despotismo de los señores improvisados. En el duque de Madrid hay una especie de humildad soberana, una dulzura y condescendencia, una reserva de tan buen gusto y una naturalidad tan exquisita, que el respeto brota del alma como espontánea flor y el afecto le sigue de cerca.

Hay detalles elocuentes. Dos indicaré tan sólo. El primero fué cuando Ortega Muni-lla interrogó á D. Carlos sobre la granada que cayó tan cerca de él en Plewna, que por una línea más le cuesta la piel. Advertí en el rostro del duque de Madrid reñida lucha entre el deseo de complacer, propio de su gran cortesía, y el miedo de parecer fanfarrón, cosa tan antipática á los hombres verdaderamente animosos. Por último, eligiendo los términos y en broma, á fin de quitar importancia al lance, refirió la heroica temeridad de su excursión á las avanzadas turcas, yendo—son sus palabras—«de aficionado.» El segundo fué al hablarle yo del *Diario autógrafa* de su vida, que Pirala imprimió al final de su *Historia contemporá-*

nea, y que, según el mismo Pirala, encierra páginas admirablemente escritas y retratos de personajes políticos hechos de mano maestra. Al nombrar este documento ví, sin metáfora, subir á las mejillas de D. Carlos el rubor de la modestia, y le oí decir con el acento más franco:—Yo no destinaba eso á la publicidad.—¿Fué abuso de Pirala el publicarlo, señor?—pregunté.—Y D. Carlos, con la mesura y el comedimiento que siempre dominan en sus palabras (aun al tratarse de sus mayores enemigos ó de los que más le han agraviado, por ejemplo, Cabrera), respondió:—No; tanto como abuso... Pero yo no escribí ese *Diario* para publicarle; bien conoces que no lo merece.

Aquí encaja una protesta. He asegurado que D. Carlos es hombre cultísimo, y añado que redacta con facilidad y perfección suma; pero sentiría que los que todo lo extreman imaginasen que yo presentaba á Don Carlos como un catedrático, un erudito ó un literato. No sé qué idea de la monarquía se nos ha metido en los cascos, que exigimos al rey la sabiduría de Salomón y la inspiración de David, y queremos que cultive la oratoria y diserte sobre la radiación del calórico. En Alemania—¡la docta Alema-

nia!—lo entienden de distinta manera: lo que se pide á un rey es honrada voluntad, claro entendimiento y sana complexión, y el excelso emperador que acaba de bajar á la tumba dejando constituido el gran imperio germánico, no era sino un soldado, con pocas letras y ningún propósito de disputar á sus vasallos las cátedras de Gotinga. Aquí, sin duda, seremos todos unos pozos de ciencia, cuando nos parece grano de anís un Pretendiente que no escribe á la vez, como Echegaray, dramas y tratados de matemáticas sublimes. D. Carlos, aunque embebido en esto que se llama cultura general, me parece, sin embargo, menos hombre de biblioteca que de acción; es siempre aquél que en Praga, antes de los quince años de edad, para fortalecerse, se tiraba al agua sudando, después de haber corrido á pie ó á caballo en el rigor del invierno. Le juzgo capaz de ocurrir más de lo que lea y de hacer más de lo que diga.

Lo que en D. Carlos predomina es el gusto artístico, bien demostrado en el arreglo de su elegante morada de Venecia. El palacio Loredán no se cuenta entre los más antiguos ni los más bellos de la sarta doble que rodea el Canalazzo. Por una ironía de

la casualidad, palacios cuyo solo nombre despierta un mundo de recuerdos históricos y de leyendas, y por cuyas balconadas ojivales, afligranadas de tréboles y rosetones, parece que va á asomarse Desdémona, están dedicados á tercenas ú oficinas de Hacienda, mientras el romántico destierro del Pretendiente español se desliza entre los muros de un edificio relativamente vulgar. Pero desde los mástiles rojo y gualda para atar las góndolas en el desembarcadero, hasta el último clavo de la señorial mansión, todo indica el gusto refinado é inteligente del hombre moderno, educado por largos viajes, que prueban el arrojo y actividad del espíritu y la robustez del organismo en quien por recreo los emprende. Merecen citarse de Loredán el camarín de los dioses indios, alumbrado por luz rosada y misteriosa, que parece santuario doméstico de un devoto budista, y el cuarto de baño, donde hasta el piso es vidrio veneciano, esmaltado con los ricos é intensos colores del lapis-lázuli y la venturina. Nada digo del curioso Museo de la guerra civil, porque *El Imparcial* lo ha descrito menudamente; ni del comedor suntuoso y severo en que dos veces tuve la honra de sen-

tarme á la derecha del duque de Madrid. El recuerdo de este comedor evoca el de tan delicadas atenciones que, al revivirlas, no quiero dejar de enviar, más allá del Pirene y los Alpes, respetuoso saludo al caballero y al príncipe.

Otro semejante á la egregia dama que desde Viareggio me manifestó el deseo, tan halagüeño para mí, de verme y hablarme una vez más. Antes que á D. Carlos conocí á Doña Margarita de Borbón, y saboreé su trato exquisito y aprecié su instrucción varia y sólida. Si el tiempo—tasado por el forzoso regreso de los peregrinos y por el viaje de la misma señora á Trieste á fin de asistir á la inhumación de las cenizas de D. Juan de Borbón,—me lo hubiese permitido, correría á ofrecerle mis respetos, y á ver transformado en lozana flor el lindo capullo que tuve en mis rodillas muchas noches en el Bocage: la infanta Blanca.